

hombres en sus navíos; y el Visorey se fué sin parar hasta Quito.

## CAPITULO XVI.

Cómo Bachicao llegó á Panamá, y de lo que allí hizo.

Habiéndose entregado Bachicao de la armada (como está dicho), prosiguió su camino para el puerto de Panamá, y pasando por Puerto-Viejo, tomó consigo alguna gente de aquella tierra, y entre ellos á Bartolomé Perez y á Juan Dolmos, vecinos de Puerto-Viejo, y deteniéndose á tomar refrescos en las islas de las Perlas, que están veinte leguas de Panamá, fueron avisados los de la ciudad de su venida, y enviáronle dos vecinos á saber su intento y á requerirle no entrase con gente de guerra en la jurisdiccion. El cual respondió que en caso que él venia con gente de guerra, la traía para su defensa contra el Visorey, y que él no venia á hacer daño ninguno en aquella tierra, sino solamente á traer al doctor Tejada, oidor de su majestad, que con provision de su real audiencia le iba á dar cuenta de todo lo sucedido en el Perú, y que no haría mas de ponerle en tierra y proveerse de lo necesario y volverse; y con esto los aseguró de manera, que no hicieron defensa en su entrada; y llegando al puerto, dos navíos que en él estaban alzaron velas para irse, y al uno dellos alcanzó un bergantín y le hizo volver al puerto, trayendo ahorcados de la entena al maestre y contramaestre dél, lo cual causó muy gran escándalo en la ciudad, porque entendieron cuán diferente intento traía de lo que había publicado, y porque les pareció ya muy tarde para la defensa, no se pusieron en ella; y así, se quedaron con harto temor, sometidos ellos y sus haciendas á la voluntad de Bachicao, que era tanto y mas cruel que el maestre de campo, y gran renegador y blasfemo, y hombre sin ninguna virtud; y así, entró en la ciudad sin que le osase esperar el capitán Juan de Guzman, que allí estaba haciendo gente por el Visorey, la cual toda se le pasó luego á Bachicao, y él se apoderó de la artillería que allí había traído Vaca de Castro en el navío con que se huyó, y comenzó á tiranizar en la república, usando de las haciendas de todos á su voluntad, teniendo tan opresa la justicia, que no osaba hacer mas de lo que él quería, y á dos capitanes suyos que concertaron de matarle los prendió y degolló públicamente, é hizo otras justicias con públicos pregones, que decían: «Manda hacer el capitán Hernando Bachicao,» usando llanamente la jurisdiccion. El licenciado Vaca de Castro, que á la sazón estaba en Panamá, en sabiendo su venida, se huyó para Nombre de Dios, y se embarcó en la mar del Norte, y lo mismo hizo Diego Alvarez de Cueto y Hierónimo Zurbarano, y tambien se pasaron al Nombre de Dios el doctor Tejada y Francisco Maldonado, y todos juntos se vinieron á España, y el doctor Tejada murió en el camino, en la canal de Bahama. Y en llegando á España Francisco Maldonado y Diego Alvarez de Cueto, se fueron por la posta á Alemaña á dar cuenta á su majestad cada uno de su embajada. El licenciado Vaca de Castro se quedó en la isla Tercera de los Azores, y de allí se vino á Lisboa, y después á la corte, diciendo que no se había atrevido á venir por Sevilla por no entrar en poder y

tierra donde eran tanta parte los hermanos y deudos del capitán Juan Tello, á quien arriba hemos dicho que hizo degollar al tiempo del vencimiento de don Diego de Almagro el mozo; y en llegando á la corte fué detenido en su casa por mandado de los señores del consejo de las Indias, y le pusieron cierta acusación, y después le tuvieron preso, mientras se trató la causa, en la fortaleza de Arévalo por espacio de mas de cinco años, y después le señalaron una casa en Simancas, y de ahí, con la mudanza de la corte, le señalaron por cárcel la villa de Pinto con sus términos, hasta que se sentenció el negocio.

## CAPITULO XVII.

Cómo el Visorey llegó á Quito y juntó su ejército y vino con él, la tierra arriba, la vía de San Miguel.

Habiéndose retirado el Visorey con hasta ciento y cincuenta hombres al tiempo que Bachicao le tomó la armada en Túmbez, caminó con ellos hasta que llegó á la ciudad de Quito, donde le rescibieron de buena voluntad, y allí se rehizo de hasta docientos hombres, con los cuales estaba en aquella tierra, por ser muy fértil y abundante de comida, donde determinó aguardar lo que su majestad proveería, después de sabido de Diego Alvarez de Cueto lo que en la tierra pasaba, teniendo siempre buenas guardas y espías en los caminos para saber lo que Gonzalo Pizarro hacía, caso que desde Quito á los Reyes hay mas de trecientas leguas, como tenemos dicho. Y en este tiempo cuatro soldados de Gonzalo Pizarro, por cierto desabrimiento que dél tuvieron, hurtaron un barco, y con él se fueron huyendo la costa abajo, desde el puerto de los Reyes, remando hasta que le pusieron en buen paraje para ir por tierra á Quito; y llegados, dijeron al Visorey el descontento que los vecinos de los Reyes y de las otras partes tenían con Gonzalo Pizarro, por las grandes molestias que les hacía, trayendo á los unos fuera de sus casas y haciendas, y á los otros echándoles huéspedes y imponiéndoles otras cargas que no podían sufrir, de las cuales estaban tan cansados, que en viendo cualquiera persona que tuviese la voz de su majestad, holgarian de salir (juntándose con él) de tan gran tiranía y opresión. Con lo cual, y con otras muchas cosas que los soldados le dijeron, le encendieron á que saliese de Quito con la gente que tenía, y se viniese la vía de la ciudad de San Miguel, llevando por su general un vecino de Quito, llamado Diego de Ocampo, que desde que el Visorey vino á Túmbez le había acudido y ayudándole con su persona y hacienda en todas las cosas necesarias, en que gastó mas de cuarenta mil pesos que tenía suyos; y en todas estas jornadas seguía al Visorey el licenciado Alvarez, con el cual se hacia audiencia por virtud de una cédula de su majestad que el Visorey llevaba, para que, llegado él á los Reyes, pudiese hacer audiencia con uno ó dos oidores, los primeros que llegasen, hasta que viniesen todos, y lo mismo en caso que los dos ó tres dellos muriesen. Y para este efecto hizo abrir un sello nuevo, el cual entregó á Juan de León, regidor de la ciudad de los Reyes, que por nombramiento del marqués de Camarasa, adelantado de Cazorla, que es chanciller mayor de las Indias, iba

elegido por chanciller de aquella audiencia, y se había venido huyendo de Gonzalo Pizarro; y así, despachaba sus provisiones para todo lo que le convenia por título de don Carlos, y selladas con el sello real, firmándolas él y el licenciado Alvarez; de manera que había dos audiencias en el Perú, una en la ciudad de los Reyes y otra con el Visorey; y aconteció muchas veces venir dos provisiones sobre un mismo negocio, una en contrario de otra. Cuando el Visorey quiso partir de Quito envió á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, á España, á informar á su majestad de todo lo pasado y á pedirle socorro para tornar á entrar en el Perú y hacer la guerra á Gonzalo Pizarro poderosamente. Cueto pasó en España en la misma armada en que vinieron el licenciado Vaca de Castro y el doctor Tejada, como tenemos dicho arriba; y así, llegó el Visorey á la ciudad de San Miguel, que es ciento y cincuenta leguas de Quito, con determinacion de residir allí hasta ver mandato de su majestad, teniendo siempre en pie su real nombre y voz, porque le pareció muy conveniente sitio para poder recoger consigo toda la gente que así de España como de las otras partes de las Indias viniesen al Perú; porque, como está dicho, es paso forzoso y que no se pueden excusar de pasar por él viniendo por tierra, especialmente los que traen caballos y otras bestias; y que desta manera iria cada día engrosando su ejército y cobrando nuevas fuerzas. Allí los mas de los vecinos acogieron al Visorey de buena voluntad, y le hicieron buen hospedaje, proveyéndole de todo lo necesario, segun su posibilidad; y así, iba cada día recogiendo gente y caballos y armas; tanto, que llegó al pié de quinientos hombres medianamente aderezados, aunque algunos tenían falta de armas defensivas, y hacian coseletes de hierro y de cueros de vaca secos.

## CAPITULO XVIII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió ciertos capitanes á recoger gente y estar en frontera contra el Visorey.

Al tiempo que Gonzalo Pizarro envió en los bergantines al capitán Bachicao para tomar la armada del Visorey, despachó asimismo dos capitanes suyos, llamados Gonzalo Díaz de Pinera y Jerónimo de Villegas, que fuesen por tierra á recoger la gente de guerra que hallasen en las ciudades de Trujillo y San Miguel, y se estuviesen en frontera contra el Visorey, y ellos con hasta ochenta hombres que pudieron juntar se estuvieron en San Miguel hasta tanto que supieron la venida del Visorey, y no le osando esperar, se metieron la tierra adentro hácia Trujillo, y alojaron en una provincia que se dice Collique, que es cuarenta leguas de San Miguel, y hicieron saber á Gonzalo Pizarro la venida del Visorey, y cómo juntaba gente cada día y engrosaba su ejército, dando á entender el gran daño que le venia en no remediárselo con tiempo. Y á esta sazón supieron estos capitanes que el Visorey había enviado un capitán suyo, llamado Juan de Pereira, á la provincia de los Chachapoyas á convocar y juntar todas las gentes que por aquellas partes pudiese haber, caso que en esta tierra residen pocos españoles; y pareciéndoles á estos capitanes de Pizarro que Pereira y los que con él viniesen estarían muy descuidados dellos, determinaron de sa-

lirles al camino por donde venian, y una noche les prendieron las centinelas y dieron sobre ellos; y tomándolos durmiendo y sin recelo de enemigos, á Pereira y dos principales que con él venian les cortaron las cabezas, y toda la demás gente, que eran hasta sesenta hombres de caballo, la redujeron al servicio de Gonzalo Pizarro, con temor de la muerte; y así, se tornaron á su aposento; y deste acontecimiento tuvo gran pesar el Visorey, y determinó tomar ocasion en que vengarse; y así, salió muy ocultamente de San Miguel con hasta ciento y cincuenta de caballo, y se fué adonde los capitanes Gonzalo Díaz y Villegas estaban con menos cuidado y guarda de la que debian tener, como personas que pocos dias antes habían hecho tal asalto en la gente de sus contrarios; y así, llegó el Visorey á Collique una noche, y casi sin que fuese sentido, con la mucha turbacion de los capitanes, no tuvieron lugar de ponerse en orden ni dar batalla; antes se huyeron cada uno como mejor pudo, tan derramados, que Gonzalo Díaz casi solo fué á dar en una provincia de indios de guerra, los cuales fueron contra él y lo mataron; y lo mismo hizo Fernando de Albarado. Y Jerónimo de Villegas juntó después consigo alguna gente y se metió la tierra adentro hácia Trujillo, y el Visorey se fué á San Miguel.

## CAPITULO XIX.

Cómo Gonzalo Pizarro salió con su ejército contra el visorey Blasco Nuñez Vela, y de lo que hizo en el camino; y cómo, sabida por el Visorey su venida, se retiró desde San Miguel con su gente á la vía de Quito, y Pizarro le siguió mas de cien leguas, y en el alcance le tomó mas de trecientos hombres que se le quedaron rezagados.

Viendo Gonzalo Pizarro que cada día crecía la fuerza y gente de su enemigo, y especialmente entendiendo el desbarato que en sus capitanes se había hecho, determinó de ocurrir con toda la presteza posible á deshacer las fuerzas al Visorey, por la certidumbre que tenía de que cada día se le allegaba gente y armas y caballos que venian de España y de las otras partes de las Indias, que casi necesariamente desembarcaban en el puerto de Túmbez, como es dicho, y tambien temiendo que en esta sazón viniese algun despacho de su majestad en favor del Visorey, lo cual seria parte para quebrar los ánimos á la gente que con él andaba; y así, se determinó de juntar su ejército é ir á desbaratar á los enemigos, y poner el negocio á riesgo de batalla si le quisiesen esperar. Y así, ordenó sus capitanes y hizo paga, y comenzó á enviar adelante á Trujillo los caballos y otros impedimentos, quedando él y los principales de su campo solos para salir la postre. En esta sazón vino un bergantín de Arequipa con mas de cien mil castellanos para Gonzalo Pizarro, y tambien llegó otro navío de Tierra-Firme, de Gonzalo Martel de la Puente, el cual enviaba su mujer para que se fuese á su casa. Y con este buen suceso estaban Gonzalo Pizarro y su gente tan soberbios, que casi decían blasfemias en su opinion, y metieron en los navíos gran número de arcabuces, picas y otras municiones y aderezos de guerra, y se embarcaron en ellos mas de ciento y cincuenta personas principales, llevando consigo, por dar mas autoridad al negocio, al licenciado Cepeda, oidor, y Juan

de Cáceres, contador de su majestad; y con la ida de Cepeda tuvo Gonzalo Pizarro ocasion de deshacer el audiencia, porque no quedaba en la ciudad de los Reyes sino solo el licenciado Zárate, de quien hacia poca cuenta, por estar enfermo, y tener casado á Blas de Soto, su hermano, con una hija suya, el cual casamiento se hizo contra voluntad del licenciado Zárate; y no embargante este deudo y la confianza que era razon que hiciera dél, por consejo de algunos de sus capitanes, por mas se asegurar, llevó consigo el sello real, y desta manera se fué por la mar, dejando por su teniente de gobernador en la ciudad de los Reyes al capitán Lorenzo de Aldana, con hasta ochenta hombres de guardia, con que estuviere segura y pacífica la ciudad, para lo cual bastaban, porque casi todos los vecinos iban la jornada con Gonzalo Pizarro; y embarcado por marzo del año de 43, fué por mar hasta el puerto de Santa, que es quince leguas de Trujillo, y allí salió en tierra, y tuvo en Trujillo la Pascua de flores, aguardando á que se juntase la gente por quien habia enviado á diversas partes; y viendo que tardaba, por sacar su ejército de poblado, se fué á la provincia de Collique, donde estuvo algunos dias, hasta que vino la gente que esperaba; y hecha su reseña della, halló que llevaba mas de seiscientos hombres de pié y de caballo; y aunque en el número no llevaba gran ventaja al Visorey, pero teníaela cuanto á las armas y otros aparejos de guerra, y en que los que iban con Gonzalo Pizarro eran soldados viejos y muy prácticos en las cosas de la guerra, y se habían hallado en otras batallas, y sabian la tierra y los pasos dificultosos della; y los que estaban con el Visorey, los mas eran recién venidos de Castilla y no habituados en cosas de guerra, y mal armados y con muy ruin pólvora; y allí se puso muy gran diligencia por Gonzalo Pizarro en proveer de comida y cosas necesarias para el real, especialmente cerca de allí habia un despoblado que dura desde la provincia de Motupe hasta la ciudad de San Miguel, en espacio de veinte y dos leguas, que en todas ellas no hay agua ni poblado ni otro refrigerio alguno, sino arenales y mucho calor, y por ser paso tan peligroso era necesario hacerse gran diligencia en proveerse de agua y otras cosas convenientes para el camino; y así, mandó á todos los indios comarcanos que trajesen gran cantidad de cántaros y tinajas, y dejando allí la gente de guerra todas las cargas de vestidos y ropas y camas que no les eran necesarias, proveyó que los indios que habian de llevar aquellas fuesen cargados de agua para el bastimento deste despoblado, así para los caballos y bestias como para sus personas, cargando los indios y poniéndose todos á la ligera, sin llevar ningun servicio, porque el agua no les faltase; y puestos á punto, enviaron veinte y cinco de á caballo delante por el despoblado, que es lugar ordinario por donde se suele pasar, para declararse al Visorey y que las espías le dijese que venia por allí; y todo el ejército caminó por otra parte tambien despoblada; desta manera caminaron, llevando la comida encima de los caballos; y poco antes que llegase supo el Visorey la venida del ejército, y mandó tocar al arma, diciendo que les queria salir al camino y dar batalla; y ya que tuvo la gente junta y fuera de la ciudad, comenzó

á caminar por otra parte hasta la cuesta de Caxas, por la cual fué á muy gran priesa, y obra de cuatro horas después que salió supo Gonzalo Pizarro su ida, y sin entrar en la ciudad de San Miguel ni tomar mas bastimentos mandó que guiasen por el camino por donde el Visorey habia huido; y caminaron aquella noche tras él ocho leguas y tomaron alguna gente en el camino; y desta manera le fué dando muchos alcances, tomándola en ellos mucha gente y todo cuanto llevaba en el real, ahorcando algunos que le parecian; y así caminaban por lugares ásperos y sin comida, tomándoles cada dia gente, y echándole cartas con indios para las personas principales del real del Visorey para que le matasen, perdonándoles Gonzalo Pizarro y prometiéndoles muchas mercedes. Y desta manera fueron mas de cincuenta leguas, que ni los caballos los podian llevar ni los hombres los podian seguir, así por el mucho trabajo que llevaban como por la falta de comida que habia; y así, llegaron á Ayabaca, donde se reformaron y dejaron de seguir al Visorey tan apriesa como antes, por dejar concertada su gente, y tambien porque sabian que el Visorey iba ya muy adelante y que en ninguna manera le podian alcanzar, juntamente con algunos avisos que tenian de algunos principales del Visorey, en que prometian á Gonzalo Pizarro de matarlo ó traérselo preso; de lo cual sucedió después que el Visorey mató á muchos caballeros capitanes de los suyos, como adelante parescerá; y allí en Ayabaca se proveyó de todo lo demás necesario, y salió de allí con buena orden por las mismas pisadas que el Visorey habia ido, aunque por el mucho cansancio de algunos y otros, por ir descontentos, no los pudo llevar todos sin quedarse alguna gente; donde le dejarémos al Visorey caminando hácia las provincias de Quito, y Gonzalo Pizarro tras él, por decir lo que aconteció en este tiempo en lo de arriba.

## CAPITULO XX.

Cómo en la ciudad de los Reyes hubo cierto motin y alboroto, el cual aplacó Lorenzo de Aldana, que allí era teniente, sin declararse de todo punto por su majestad, aunque los parciales de Pizarro le tenian por sospechoso.

Casi á ninguno de los soldados del Visorey que se quedaron rezagados y vinieron á poder de Gonzalo Pizarro quiso llevar consigo, así por no fiarse dellos como porque le parecian que llevaba demasiada gente, segun la poca que el enemigo tenia, especialmente yendo siguiendo alcance y por falta de comida, porque el Visorey les alzaba los bastimentos por donde quiera que iba; y á toda esta gente rezagada envió Gonzalo Pizarro la tierra adentro, á Trujillo y á los Reyes y á otras partes, donde cada uno quiso, aunque á algunos principales de quien tenia particular queja los ahorcó. Estos comenzaron á sembrar por los lugares donde iban, nuevas en favor del Visorey y en contradiccion de la tiranía de Gonzalo Pizarro, á la cual muchas personas favorecian, así por parecerles la empresa justa, como porque la gente que reside en aquella provincia son mas amigos de novedades que en otra ninguna parte, en especial los soldados y gente ociosa, porque los vecinos y personas principales siempre pretenden la paz como negocio en que tanto les va, pues con la guerra son moles-

tados y apremiados y los hacen pechar por diversas vias, y si no muestran buen rostro á ello, corren mas riesgo que los otros, porque cualquiera ocasion basta para matarlos el que gobierna, por gratificar con sus haciendas á los que los siguen; pues estas pláticas no podian ser tan secretas, que no viniesen á noticia de los tenientes de Gonzalo Pizarro, los cuales, cada uno en su jurisdiccion, los castigaba como les parecia que convenia para el sosiego de su opinion, y especialmente en la ciudad de los Reyes, donde la mas desta gente se acogió, fueron ahorcados muchos por mano de un alcalde ordinario, llamado Pedro Martín de Cecilia, gran favorecedor de Gonzalo Pizarro y de sus cosas, porque Lorenzo de Aldana, que allí era teniente, estuvo siempre muy recatado para no entremeterse en cosa sobre que pudiese haber después querrela de parte contra él; antes estorbaba todo cuanto podia que no se hiciesen muertes ni daños, y así se rigió todo el tiempo que allí estuvo; que, aunque tenia la justicia por Gonzalo Pizarro, nunca quiso hacer cosa tan señalada en su favor, que sus secaces le tuviesen por prendado; antes acogia con buena gracia toda la gente aficionada al Visorey. Por lo cual todos los que desta opinion residian en las otras provincias se acogian á aquella, teniéndola por mas segura; y desto mostraban tener gran queja los apasionados por Gonzalo Pizarro, especialmente un regidor de aquella ciudad, llamado Cristóbal de Búrgos, que Lorenzo de Aldana llegó á reprenderle sobre esto tan abiertamente, que le trató mal de palabra, y aun puso las manos en él y le tuvo preso cierto tiempo; y así, escribian á Gonzalo Pizarro esta sospecha, y aunque él la tuvo por cierta, nunca dejó de hacer dél toda confianza, porque estando tan léjos, no le pareció que seria parte para quitarle el cargo, á causa que tenia consigo mucha gente de guerra y ganada la voluntad á los principales vecinos de aquella ciudad; y así, los dejarémos por contar lo que en este tiempo sucedió en la provincia de los Charcas.

## CAPITULO XXI.

De cómo Diego Centeno y otros vecinos de los Charcas mataron al teniente de Gonzalo Pizarro y alzaron bandera por su majestad.

Ya está dicho arriba cómo muchos vecinos de la villa de Plata vinieron á servir al Visorey, llamados por su provision, aunque, sabida en el camino la prision del Visorey, se volvieron á sus casas; de los cuales siempre quedó muy gran queja á Gonzalo Pizarro; y enviándoles por teniente á aquella villa uno de los mayores ministros de su tiranía, llamado Francisco de Almendras, hombre áspero y de mala consciencia, le dió por particular instruccion que se recatase mucho de aquellos que habian venido á servir al Visorey, y que en los negocios que se les ofreciesen les diese á entender la queja que dellos tenia; demás que á los principales dellos les habia quitado indios y les llevaba los tributos dellos para sustentacion de la guerra. Este Francisco de Almendras guardó tan estrechamente lo que sobre este caso se le mandó, que, demás de otros muchos malos tratamientos que hizo á aquellos caballeros, porque supo que uno de los principales de aquella villa, llamado

don Gomez de Luna, habia dicho en su casa que no era posible que algun dia no reinase el Rey en aquella tierra, le prendió y puso en la cárcel pública con guardas; y porque los de cabildo de aquella ciudad le rogaron un dia que soltase á don Gomez, ó á lo menos le pusiese en prision conforme á la calidad de su persona, no dándoles sobre ello buena respuesta, hubo alguno dellos que le dijo que si él no le soltaba, ellos le soltarian; el teniente disimuló, y á la media noche fué á la cárcel y dió un garrote á don Gomez, y sacándole luego á la plaza, le hizo cortar la cabeza; lo cual sintieron mucho todos los vecinos, pareciéndoles que á cada uno tocaba aquel agravio; y especialmente lo sintió un vecino de aquella ciudad, llamado Diego Centeno, natural de Ciudad-Rodrigo, por ser muy grande amigo de don Gomez. Y aunque este Diego Centeno, en el primer levantamiento de Gonzalo Pizarro le siguió y vino con él desde el Cuzco á los Reyes, siendo de los principales votos del ejército, como procurador de la provincia de los Charcas, después viendo que la mala intencion de Gonzalo Pizarro se extendia á mucho mas de lo que á los principios habia publicado, con su licencia le volvió á su casa y indios, donde residia al tiempo que aconteció esta muerte de don Gomez, la cual él se determinó vengar por la mejor via que pudo, así por la amistad que tenemos dicha, como porque entendian la poca seguridad que las vidas de todos tenian debajo de la gobernacion de hombre tan cruel y de mala consciencia y condicion como lo era Francisco de Almendras, al cual ante todas cosas determinó matar, y reducir la tierra al servicio de su majestad; lo cual comunicó con los mas principales vecinos de aquella tierra, especialmente con Lope de Mendoza y Alonso Perez de Esquivel, y Alonso de Camargo y Hernan Nuñez de Segura, y con Lope de Mendieta y Juan Ortiz de Zárate, su hermano, y otros de cuyas intenciones tuvo confianza; y hallándolos á todos prestos para emprender este hecho sobre conciencia que entre sí hicieron, fueron un domingo de mañana á casa del teniente para le acompañar á la iglesia, como solian, y viéndose juntos, caso que Francisco de Almendras tenia mucha gente de guardia, se llegó á él Diego Centeno como que le queria hablar en algun negocio, y dándole ciertas puñaladas con una daga, le prendieron y públicamente le sacaron á la plaza, y le cortaron la cabeza por traidor, y alzaron bandera por su majestad, sin que hubiese dificultad en apaciguar el pueblo, segun Francisco de Almendras estaba malquistado; y así, todos se redujeron al servicio de su majestad y se pusieron en orden de guerra, con intento de la restauracion de aquel reino; y este era el apellido que traian, y juraron por capitán general desta empresa á Diego Centeno, el cual nombró capitanes de pié y de caballo, y comenzó á juntar gente, haciendo pagas de su hacienda, porque era el mas rico hombre de aquella tierra en aquella sazón, y para ello le ayudaban los otros vecinos. Era Diego Centeno persona de muy buena casta, descendiente de aquel alcaide Hernan Centeno tan nombrado en Castilla; seria en aquel tiempo de edad de treinta y cinco años, hombre gracioso y liberal y de muy buena disposicion y condicion, y muy valiente por su persona. Tenia en aquella

sazon mas de treinta mil castellanos de renta, aunque dende en dos años que se descubrieron las minas de Potosí (como adelante se dirá) llegaron á rentarle sus indios de cien mil castellanos arriba, por caer muy cerca de aquellas minas. Juntó su ejército, comenzó á proveerse de armas y otras cosas necesarias, con gran diligencia, poniendo guardas en los caminos, porque no se supiese lo acaescido hasta estar bien apercebidos, y envió un capitán suyo á las minas de Porco y Arequipa, para recoger la gente que allí estaba, y prender si pudiese á Pedro de Fuentes, que allí era teniente de Gonzalo Pizarro, el cual desque supo lo que en los Charcas habia pasado, por lengua de indios, se huyó y dejó desamparada la ciudad; de manera que Lope de Mendoza entró en ella sin contradiccion alguna, y trayendo toda la gente y armas y caballos, y aun los dineros que allí pudo recoger, se volvió á juntar con Diego Centeno en la villa de Plata para dar orden en lo que adelante se habia de hacer.

## CAPITULO XXII.

De cómo Diego Centeno acabó de juntar su gente, y del razonamiento que les hizo.

Después de llegado Lope de Mendoza, se hallaron en la villa de Plata con hasta doscientos y cincuenta hombres bien aderezados, y después de habelles dado Diego Centeno de lo que tenia cumplidamente, les juntó y trajo á la memoria las cosas pasadas en lo tocante á la empresa que Gonzalo Pizarro tomó, diciéndoles haber salido de la ciudad del Cuzco con título de suplicar de las ordenanzas que su majestad enviaba; y después de haber muerto en el camino al capitán Gaspar Rodríguez y á Filipe Gutierrez y Arias Maldonado, y antes desto, haber tratado con los oidores y con algunos de los vecinos que prendiesen al Visorey, y habelle ellos prendido y embarcado, y cómo en llegando á la ciudad de los Reyes, sin estar recibido en ella, envió su maestre de campo, y delante de los oidores prendió hasta veinte y cinco personas de los mas principales y mas ricos de la tierra, porque habian acudido al Visorey, y de ellos ahorcó á Pedro del Barco y á Machin de Florencia y á Juan de Sayavedra; y cómo habia quitado los oidores, enviándoles á cada uno por su parte, habiéndoles primero compelido con mano armada que le enviasen provision de gobernador. Tambien les dijo haber muerto después muchas personas, sospechando dellos que servirian al Visorey. Y no contento con esto, tomando todo el oro y plata que habia hallado en las cajas de su majestad, echando tributos excesivos por el reino, hasta en cantidad de ciento y cincuenta mil ducados, repartiéndolos y cobrándolos de los vecinos y moradores; y no contento con esto, haber hecho segunda vez gente contra su majestad en la ciudad de los Reyes, y ido contra el Visorey y alborotado el reino por diversas vias. Tambien les puso delante el haber quitado tantos repartimientos y puéstolos sobre su cabeza, y consentido que públicamente se dijese palabras en deservicio y perjuicio de su majestad; y otras muchas cosas que serian largas de contar, y juntamente con traelles á la memoria la obligacion que tenian (como vasallos de su majestad) á su corona real y á servir á su rey, y el mal

renombre de traidores que cobraban de hacer lo contrario. Y con estas razones, y con otras muchas que les dijo, les inclinó á que de buena voluntad tomasen la empresa y fuesen debajo de su bandera donde quiera que les fuese mandado; y así, todos juntamente se ofrecieron de hacerlo de buena voluntad; con lo cual Diego Centeno envió cierto capitán con mucha parte de la gente que residiese en Chicuito, que son los pueblos del Rey, entre Orecuza y los Charcas, para que estuviese allí en el paso en tanto que él se aderezaba para salir á cumplir el fin de todo su viaje; donde lo dejaremos por decir lo que en este tiempo sucedió en el Cuzco, donde algunos dias antes habian tenido relacion de lo susodicho.

## CAPITULO XXIII.

Cómo el capitán Alonso de Toro, teniente del Cuzco por Gonzalo Pizarro, juntó la gente que pudo para ir contra Diego Centeno, y el razonamiento que les hizo.

No se pudo tener tan secreto en el real de Diego Centeno, ni tantas guardas en el camino, especialmente después de la venida de Lope de Mendoza de Arequipa, que por indios y españoles no se tuviese muy cierta relacion del alzamiento de los Charcas y cantidad de gente que el capitán Diego Centeno tenia hecha, y la suma de arcabuces y caballos y todo lo demás que en la razon se quisiesen informar. Lo cual sabido por el capitán Alonso de Toro, tomándole la nueva fuera del Cuzco con cien hombres, porque estaba cien leguas de allí guardando un paso, creyendo que el Visorey se habia subido por la sierra, por unas cartas que de Gonzalo Pizarro habian tenido sobre ello, se volvió al Cuzco y comenzó á hacer gente; y juntos los vecinos y regidores de la ciudad del Cuzco, les hizo saber las nuevas que habia de los Charcas y el modo con que el capitán Diego Centeno se habia alterado, y diciéndoles primero que pues en el Cuzco habia gente armada y caballos para poder ir contra él, que habia determinado de tomar la empresa, porque le parecia ser justa; y para ello les dijo algunas razones en que se fundaba, especialmente que Diego Centeno habia hecho el alboroto sin título que para ello tuviese, sino de su propia autoridad, pretendiendo en ello mas particular interese que el servicio de su majestad; porque siendo, como era, Gonzalo Pizarro gobernador de aquellos reinos, y estando habido y tenido por tal, teniéndolos pacíficos y quietos, y estando esperando lo que su majestad sobre ello proveia, para obedecello, el levantamiento habia sido injusto, y con muy buen título se podria resistir y castigar. Tambien les trajo á la memoria haberse puesto Gonzalo Pizarro por todos á la demanda de la revocacion de las ordenanzas, y aventurado su persona y bienes por las de todos, pues era notorio que si las ordenanzas se cumplieran y ejecutaran, á ninguno le quedaba hacienda; y que en esto, allende de habelles hecho provecho y serle todos obligados por esta razon, era notorio que no habia ido contra lo que su majestad proveia, ni declarándose contra él en ninguna cosa, pues yendo á suplicar de las ordenanzas, al tiempo que llegó á la ciudad de los Reyes halló que el audiencia habia prendido al Visorey y destrerrádole del reino, el cual Gonzalo Pizarro como gobernador tenia,

y que si habia ido contra el Visorey, habia sido por seguir su justicia ante el audiencia real; y para mas les justificar la causa, les ponía delante haber ido con él el licenciado Cepeda, oidor de su majestad, y el mas antiguo de la audiencia, diciéndoles tambien que nadie era parte para tratar si los oidores habian podido dar la gobernacion ó no, pues aquel era caso para que su majestad lo determinase, y que hasta entonces no habian visto cosa en contrario. Con estas cosas que les dijo, y con otras muchas que serian largas de contar, todos lo aprobaron y dijeron que parecia cosa justa, y le ofrecieron sus personas y haciendas; porque á la verdad el capitán Alonso de Toro habia ahorcado algunas personas desatinadamente, y habíale cobrado gran miedo; y demas desto, porque era áspero y desabrido y mal acondicionado, y aun demasiado súbito, por lo cual no le osaban contradecir en ninguna cosa de cuantas proponia. Y visto esto, se hizo un acto por el cabildo, por el cual habiéndose hecho relacion de lo sucedido en los Charcas por medio del capitán Diego Centeno, decian que, no contento con haber muerto al capitán Francisco de Almendras, habia salido con gente armada fuera de los términos de los Charcas. Estos cumplimientos mas se hacian, á la verdad, para satisfacion de la gente comun, y dalles á entender que lo que se hacia llevaba razon, que no porque ellos no entendiesen el negocio; porque, dejados aparte los ayuntamientos públicos y tiempos de necesidades en los cuales procuraban siempre de justificar las causas con razones coloradas, que pareciesen bastantes, fuera de allí, los que eran mas parte en los negocios delante de Gonzalo Pizarro y en su ausencia siempre decian que le habia de dar el Rey la gobernacion; si no, que no habian de obedecer ni admitir á hombre que enviase, porque esto era la voluntad y intencion de Gonzalo Pizarro.

## CAPITULO XXIV.

Cómo Alonso de Toro salió del Cuzco con su gente contra Diego Centeno, el cual con la suya se metió la tierra adentro, y Alonso de Toro le siguió hasta la villa de Plata, y de allí se tornó al Cuzco, dejando á Alonso de Mendoza en la villa de Plata con cierta gente.

Después de lo cual, con este título comenzó el capitán Alonso de Toro á hacer gente, y llamándose capitán general, hizo capitanes; y á la verdad, procuró de hacer mas el negocio por rigor que por dineros ni buenos tratamientos, jurando públicamente de hacer ahorcar al que rehusase de ir á la empresa, poniéndolos á algunos al pié de la horca, y dejándolos por ruegos, diciendo palabras injuriosas á otros; de manera que con poca cantidad de dineros (porque, segun pareció por las cuentas, no gastó mas de veinte mil castellanos en el negocio), no dejó caballo en poder de hombre para ir á la jornada, y los vecinos hábiles para la guerra los hacia ir personalmente; de manera que pudo allegar hasta trecientos hombres, con los cuales, medianamente armados y apercebidos, se salió seis leguas del Cuzco á un asiento que se llama Urcos, adonde estuvo tres semanas, teniendo tan cerrado el camino, que no podia saber nueva de lo que hiciesen sus contrarios, porque todas las parcialidades de los indios ayudaban á Diego Centeno y le guardaban muy bien los caminos,

HA-II.

con lo cual cada dia pensaban que estaban sobre ellos, guardándose muy á punto de guerra para lo que sucediese; y si algunos hablaban palabra en contradiccion ó perjuicio de los negocios, los castigaba muy ásperamente; de manera que con este miedo todos mostraban muy gran voluntad á seguirle. Y con esto alzó su real, con acuerdo de ir á buscar al enemigo, y poniéndolo por obra, caminó hasta llegar al puerto del Rey. Diego Centeno se retrajo, porque estaba dividida su gente en dos partes, y asentaron su real doce leguas los unos de los otros, y enviáronse mensajeros y rehenes para tratar del negocio; y visto que no tenia medio ni se podian concertar, Alonso de Toro alzó su real para ir á dar la batalla; lo cual sabido por los contrarios, acordaron entre sí que no era bien aventurar el negocio, porque, á no tener buen suceso la jornada, se cobraría grande ánimo en el reino, y era bien que su majestad tuviese en la tierra gente presta para cualquier cosa que sucediese; y con este recaudo se retrajeron poco á poco, poniendo gran diligencia de llevar consigo gran cantidad de carneros cargados de comida y los caciques principales de la provincia. Y así, se metieron por un despoblado de mas de cuarenta leguas, hasta llegar á un sitio que se llama Casabindo, por donde Diego de Rójas entró al rio de la Plata, y Alonso de Toro los fué siguiendo hasta la villa de Plata, que son ciento y ochenta leguas de la ciudad del Cuzco, y entró dentro, y como la vió tan sola, consideró el mal aparejo que tenia para residir allí, por no haber comida, y estar la tierra alzada por la ausencia de los caciques; y así, acordó de no seguirlos mas; y tomando consigo cincuenta hombres, se adelantó para la ciudad del Cuzco, mandando á la otra gente que poco á poco le siguiese, aunque para mayor seguridad dejó en la retaguardia á un capitán suyo, Alonso de Mendoza, con treinta hombres en muy buenos caballos, para que, si acaso sintiese que Diego Centeno volvía, recogiese la gente poco á poco hasta llegar con ella adonde él estaba.

## CAPITULO XXV.

De cómo Diego Centeno volvió sobre Alonso de Toro y le tomó mucha gente, y recogió su campo en la villa de la Plata.

La vuelta de Alonso de Toro no pudo ser tan secreta, que por lengua de indios no viniese luego á noticia de Diego Centeno, el cual, vista tan gran novedad, y como Alonso de Toro se volvía tan de priesa y desconcertada su gente, consideró que no podia ser aquello sin que hubiese sentido en los suyos desconfianza ó mala voluntad, y parecióle que, siendo esto así, con facilidad, yendo él sobre ellos, se le pasarian muchos; y así, envió luego al capitán Lope de Mendoza con cincuenta hombres bien encabalgados, á la ligera, el cual llegó en breve tiempo al Collao; y dado caso que el capitán Alonso de Toro y la mas parte de su gente habia ya pasado, atajó hasta cincuenta hombres de los suyos y les tomó algunos caballos y armas, aunque después se los tornó con cada quinientos pesos de oro, porque juraron y prometieron de le servir en la jornada; y algunos que le parecieron demasidamente sospechosos y amigos de Alonso de Toro, los ahorcó; y de allí se volvió con su gente á la villa de Plata sobre Alonso de Mendoza, el

34